

Hombres, ideas y libros

Una galería de escritores

franceses contemporáneos

EL ALBUM DE SERGIO CZEREFKOW

LA Mano Roja está exprimiendo a Rusia como un limón gigantesco que gotea su ácido, a veces corrosivo, siempre de un extraño sabor, en el mundo moderno. No hablemos de la novela que, mucho antes de la revolución, había revolucionado la literatura con su piedad humana y su sentimiento del misterio que podríamos llamar natural; ni de los bailes decorativos que precedieron a la catástrofe como una ceremonia litúrgica antes del sacrificio sangriento; después de la paz, los espectáculos teatrales más interesantes; las manifestaciones más seguras del arte nuevo en la escena, las han dado compañías moscovitas; y aquí mismo, tras esas balalaikas y esos Duvan Torsoff, tan originales, tan curiosos, tan emocionantes y mesurados en su cubismo, que por cierto el público no supo apreciar, hemos tenido una de las películas más impresionantes y más fuertes en «Iván el Terrible», hecha y dirigida por actores moscovitas, bajo el patronato del Soviet.

Ahora nos llega un álbum de caricaturas de escritores franceses debidas a la pluma límpida, serena e implacable de Sergio Czereszkow; y así como Vogüé dió a conocer en Francia a Dostoyevsky, el historiador René Lalou ha prologado y comentado recientemente las estampas de este compatriota del genio.

Lalou lo considera, sobre todo, como una experiencia útil: «Contemplamos—dice—a los autores a través del recuerdo de sus libros, prestando al uno el encanto de sus heroínas, al otro la perfidia de sus traidores, coloreando a esas arañas con todos los reflejos de sus telas. Sergio Czerefkow los ha abordado directamente, sin preocuparse de si concorderían con la imagen preconcebida que Uds. y nosotros tenemos formada de ellos y cuya realidad se presenta inextricablemente mezclada a sus ficciones...»

«Les Ecrivains chez Eux» se intitula el volumen y ello indica que el dibujante a ido a verlos en su casa y los ha retratado efectivamente del natural.

Frente a cada rostro de líneas y manchas, un pequeño trozo, una silueta, a veces un hábil «pastiche» de Lalou sirve de texto.

Veamos algunas caras conocidas.

Paul Claudel, el hermético, el esotérico, el inaccesible Embajador católico de Francia en el Oriente, místico y simbolista, tiene un rostro bien francés, una mirada interrogante, sin nada de raro, aburguesada más bien, bajo la calva redonda, sobre la sota-barba creciente. «Oh tú, lápiz «inextinguible que hurgaste en cada uno de nosotros hasta el fondo del animal divino, como el sacrificador antaño hundió bajo el diafragma del cual está escrito en Littré que separa el pecho del abdomen, recuerda que, con el último rasgo, te quebrarás como sobre el cuadrante celeste a medio día se quiebra la aguja de Escorpión. ¡Salud! Yo, macho, saludo a las mujeres cuando cruzan las piernas suaves y una



« rodilla luce como una rosa ». Esto en versículos de corte hebreo...

Georges Duhamel, sin pelo, con anteojos, con cachimba, alarga una astuta nariz y recoge labios pensadores, apretados:



«...Era de noche, hora en que los corazones puros se unen para esas cosas sin importancia que son las únicas certidumbres. Deslizábame solo, con mis espejuelos, por un canal de Amsterdam. De pronto, hubo en mí un desfallecimiento del

« alma: soplé hacia el agua el humo de mi cigarrillo. Algo me
« obligó a volverme: sentía que el canal me miraba, que sus
« buenos ojos afectuosos me reprochaban haber manchado su
« nitidez holandesa. Era, en verdad, una simple vergüenza, o
« mejor, una molestia simple. Inclinéme y con la punta de mi
« bastón atraje hacia mí el humo fraternal y, discretamente, lo
« escondi bajo mi sobretodo castaña».

Paul Fort, aire militar, cuellierguido, actitud de gallo ante su pila de volúmenes; muy Paul y muy Fort.



J. Goussier 25.



André Gide, el amor de la juventud, el que no quiere envejecer, debe de sentirse contento con su retrato: tiene ojos y boca de muchacho, a pesar de su calva y de sus lentes. Y una intensidad terrible de expresión y una corbata descuidada. Cabeza de puritano inglés, de pensador porfiado y empecinado, de asceta laico. Nada de lo que esperarían algunos, de lo que otros acaso temerían encontrar.



En cambio ¡qué cara, qué cuello y qué gesto el de *Jean*

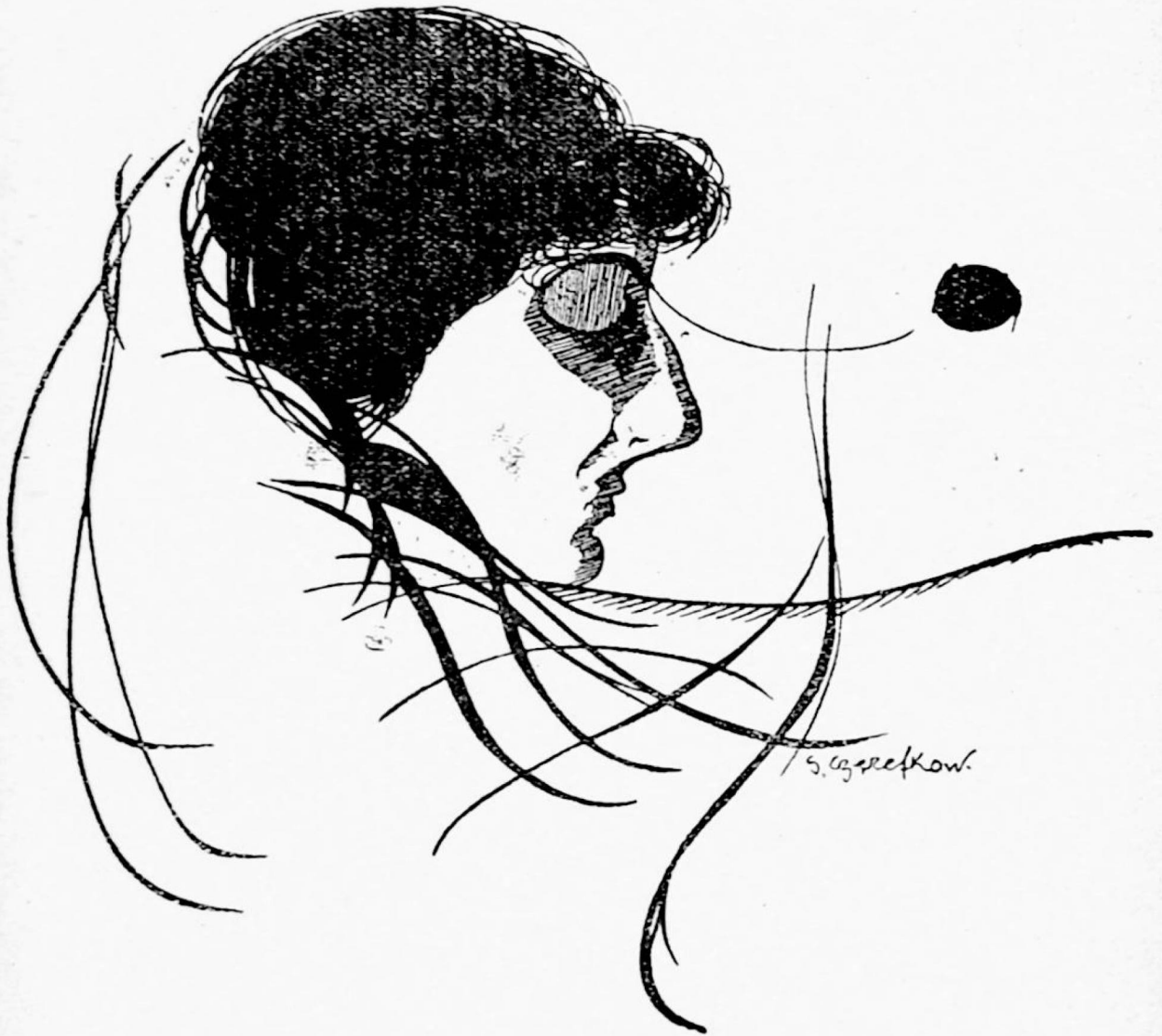


Giraudoux! Se le siente una voz delgada y un resplandor de niña en las pupilas, detrás de las gruesas llantas de carey. Dos soles salen por sus hombros; suben las cejas, baja la nariz y todo él interroga. «Soy el Príncipe
« Encantador, para las
« muchachas de Bellac.
« Renové el arte de co-
« rrer el anillo: levanto
« un dedo: los corazo-
« nes se cuelgan de él;
« sacudo la mano, una

« polvareda vuela y va a caer justamente en los antípodas.

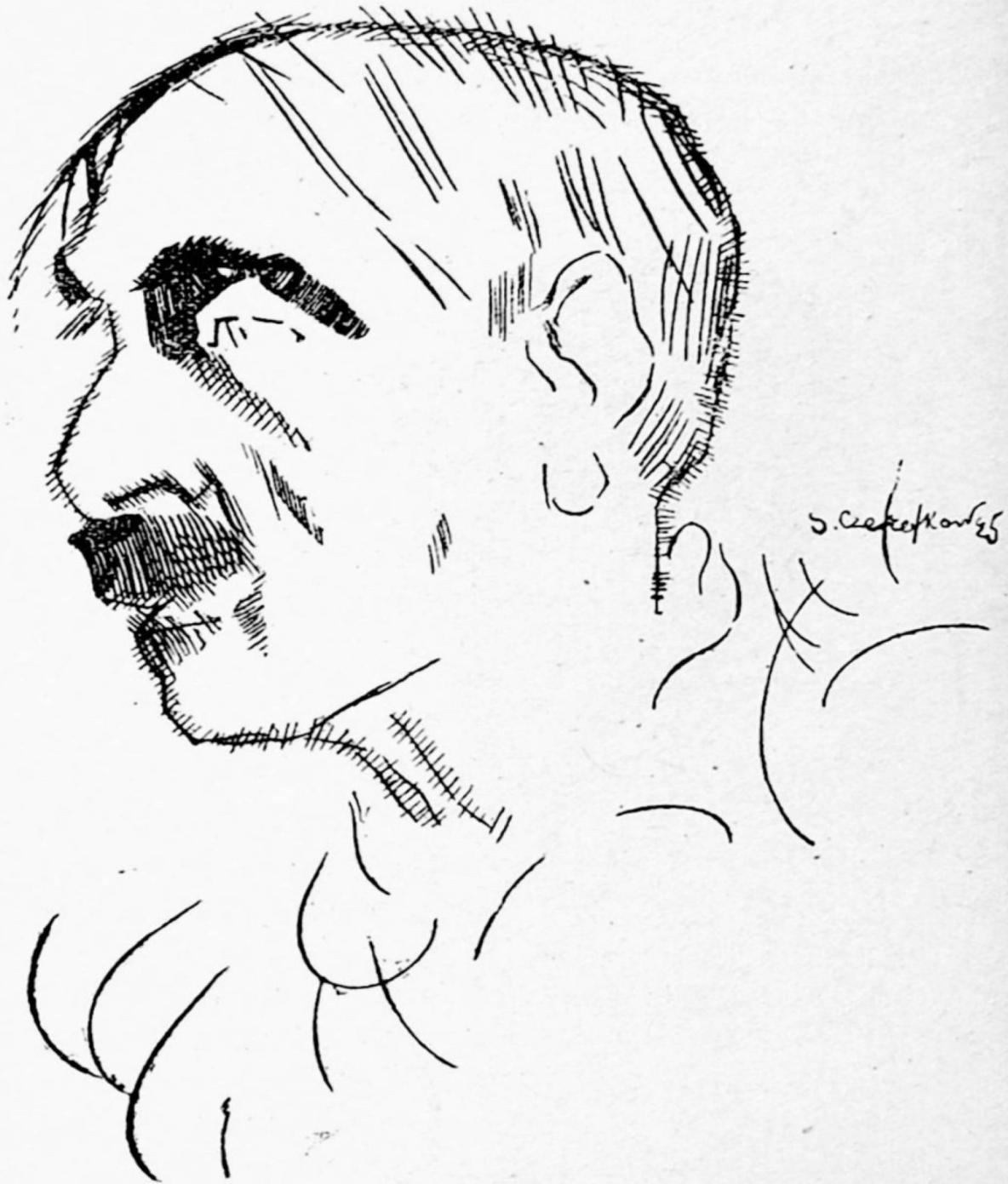
« allí donde el viento este y el viento oeste se topan. se saludan
 « y vuelven bridas... Mientras mis exégetas palidecen, yo sonrío
 « al amor rosado... »

Anna de Noailles.—La conocíamos frágil, fina, ensoñadora;
 hoy aparece de perfil su nariz fuerte; de raza, un poco a lo



Sara Bernhardt; y un gesto desengañado en la boca. « Mi tierno amor, yo te he buscado—en los vergeles de aliento fresco.—Hoy que has partido, veo los duraznos (les pêches)—y sin embargo estoy menos cierta del pecado (le péché) ».

Paul Valéry.—Nadie habría podido imaginar tan tosco, tan ordinario y romo de facciones al más fino, aéreo y agudo pro-



sista, al hombre de las rases de cristal de roca, hijo de los griegos. ¡Y tiene casi la expresión de un idiota el inteligentísimo Hemos visto esa cara en el Manicomio.

Max Jacob, monje satánico, medio sumergido en el aire in-



visible que le ha devorado la barbilla, que le ha hecho blanco el cráneo y no le deja sino el huevo de los ojos negros, vueltos y enigmáticos, ojos de confesor lúgubre: « Conozco, señor Satanás, « cuatro especies de concu- « piscencias: hay la de ade- « lante, que es infernal; la de « detrás, que es quimpireña; « la de la plenitud, que es « herética, y hay la concu- « piscencia del vacío, que es « literaria. Para el resto, con-

« sultad la tabla de anuncios metereológicos... »

* * *

Se ha discutido la bancarrota del cubismo: don Alberto Mackenna celebró la baja de sus cuadros, tan vertiginosa como la de los marcos, y la consideró el fin de una pesadilla enfermiza. Le replicaron que el cubismo no podía morir, etc., etc.

Ni tanto ni tan poco.

El arte es una manera de excitar la sensibilidad, cierta manera de excitar cierta sensibilidad. Cuando el instrumento se gasta— y se gasta lo mismo que todos los instrumentos, por el uso continuo—hay que sacarle más punta o buscar otra herramienta diversa. Así las escuelas se aguzan y cambian, obedeciendo a leyes fisiológicas que son, también, idénticamente psicológicas. Cada generación no procura tanto «hacer mejor» como «hacer distinto». Ya lo dijo el viejo y olvidado M. Faguel; y ciertamente no dijo una novedad. Pero en el cambio, en estas muertes sucesivas y escalonadas, siempre algo queda, por lo menos un recuerdo y una enseñanza, un modo distinto de mirar el

mundo, mayor amplitud, una libertad más grande. Las piruetas del payaso pueden no ser artísticas, no son seguramente la actitud normal; pero le conviene al artista hacer piruetas y el hombre tranquilo tiene más sueltos los movimientos ordinarios si ha ensayado proezas inverosímiles y descoyuntamientos absurdos.

¿Podría llamarse cubista a Sergio Czereszkow?

Tal vez no; pero, indudablemente, el cubismo y las escuelas ultra-modernas han pasado por ahí y han dejado su huella.

En todo caso, el joven ruso demuestra una maestría independiente y una penetración de mirada, unidas a un sentido de la decoración original, que lo revelan como uno de los artistas más interesantes de las generaciones nuevas.

Su álbum constituye una inapreciable galería de escritores franceses contemporáneos.

N. Z. A.